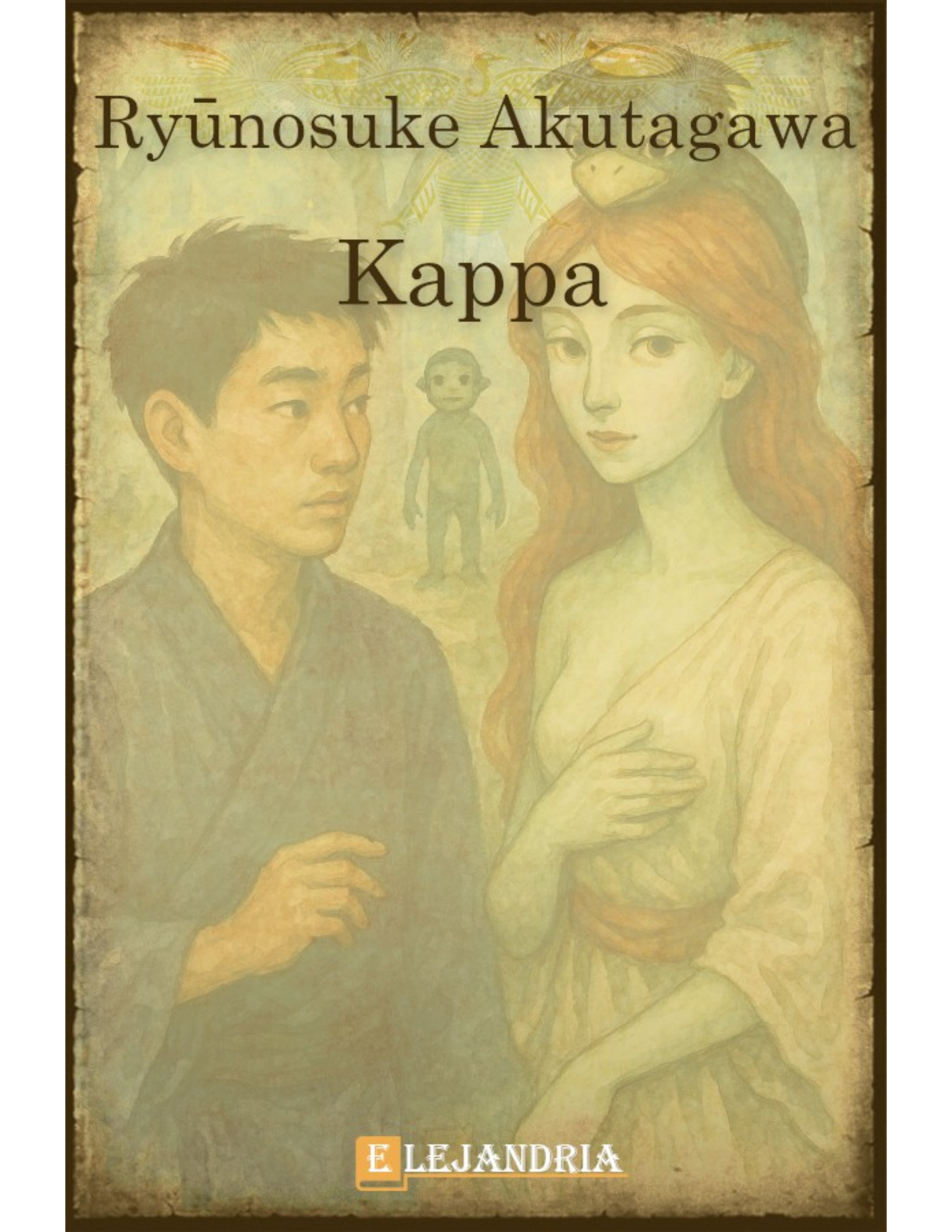




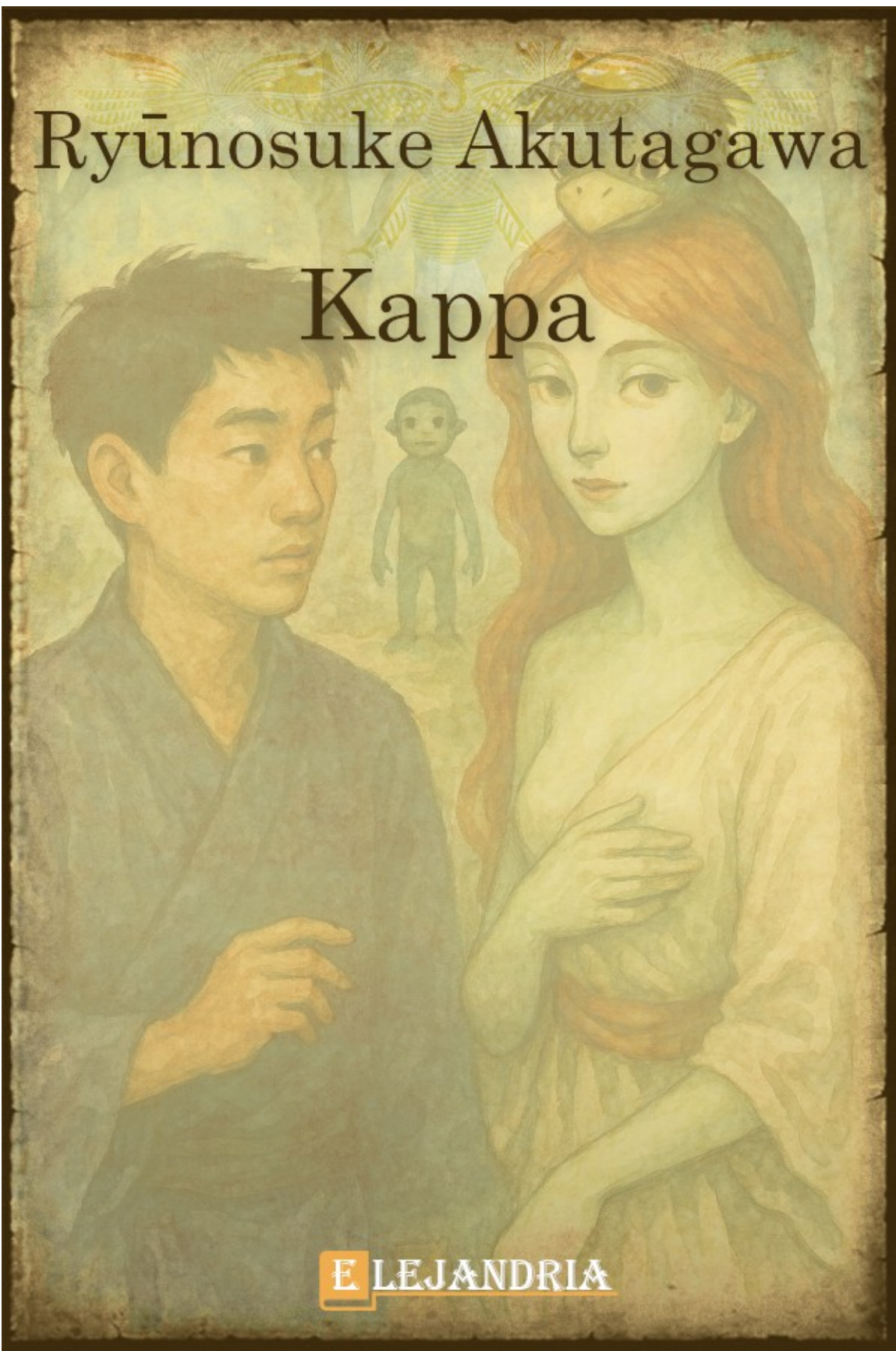
Ryūnosuke Akutagawa

Kappa

E LEJANDRIA

Ryūnosuke Akutagawa

Kappa



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

KAPPA

RYŪNOSUKE AKUTAGAWA

**PUBLICADO: 1927
FUENTE: WWW.AOZORA.GR.JP
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

PRÓLOGO

Esta es la historia que un paciente de cierto hospital psiquiátrico —el número veintitrés— le cuenta a todo el que quiera oírla. Debe de haber pasado ya la treintena, pero a primera vista parece un loco de aspecto notablemente juvenil. La experiencia de la mitad de su vida... no, eso no tiene importancia. Simplemente se sentaba, abrazándose las rodillas y mirando de vez en cuando por la ventana (fuera de la ventana con barrotes de hierro, un solitario roble, sin siquiera una hoja seca, extendía sus ramas hacia un cielo nublado de nieve), y nos contaba esta larga historia al director, el doctor S., y a mí. No es que no hiciera gestos. Por ejemplo, al decir «me sorprendí», echaba bruscamente la cabeza hacia atrás...

He intentado transcribir su relato con bastante exactitud. Si alguien no quedara satisfecho con mi transcripción, no tiene más que visitar el Hospital Psiquiátrico S. en el pueblo de XX, a las afueras de Tokio. El paciente número veintitrés, más joven de lo que aparenta su edad, primero inclinará la cabeza cortésmente y señalará una silla sin cojín. Luego, con una sonrisa melancólica, repetirá esta historia en voz baja. Y al final... recuerdo la expresión de su rostro cuando terminó de contarla. Al final, nada más incorporarse, blandiendo los puños, le gritará a cualquiera: «¡Fuera! ¡Malnacido! Tú también eres un animal estúpido, celoso, obsceno, descarado, engreído, cruel y egoísta. ¡Fuera! ¡Malnacido!».

UNO

Sucedió en el verano de hace tres años. Yo, como cualquier otro, llevaba una mochila a la espalda e intentaba subir al monte Hotaka desde la posada de aguas termales de Kamikochi. Para subir al Hotaka, como sabrá, no hay más remedio que remontar el río Azusa. Como ya había subido antes no solo al Hotaka, sino también al Yarigatake, me adentré en el valle del Azusa, cubierto por la niebla matutina, sin necesidad de guía. En el valle del Azusa cubierto por la niebla matutina... pero aquella niebla no daba señales de querer disiparse. No solo eso, sino que se hacía cada vez más densa. Tras caminar aproximadamente una hora, pensé por un momento en regresar a la posada de Kamikochi. Pero incluso para volver, tenía que esperar a que la niebla se despejara. Y la niebla, por el contrario, se espesaba a cada instante. «¡Bah, seguiré subiendo!». Con esta idea en mente, continué mi camino entre los bambúes enanos, procurando no alejarme del valle del Azusa.

Sin embargo, lo único que obstruía mi vista era una niebla cada vez más espesa. Es cierto que de vez en cuando, entre la bruma, no dejaban de asomar las ramas de imponentes hayas y abetos, cargadas de hojas verdes. También, de repente, aparecieron ante mí caballos y vacas de pastoreo. Pero en cuanto los veía, desaparecían de inmediato en la densa niebla. Entre tanto, mis piernas se cansaban y el hambre empezaba a apretar. Para colmo, mi ropa de montaña y la manta, empapadas por la niebla, pesaban más de lo normal. Finalmente, di mi brazo a torcer y decidí bajar al valle del Azusa, guiándome por el sonido del agua que corría entre las rocas.

Me senté en una roca junto al agua y me dispuse a comer. Abrí una lata de corned beef, junté unas ramas secas para encender un fuego... Debieron de pasar unos diez minutos mientras hacía todo aquello. Durante ese tiempo, la obstinada niebla comenzó a disiparse poco a poco. Mientras mordisqueaba un trozo de pan, eché un vistazo a mi reloj de pulsera. Ya pasaban de la una y veinte. Pero lo que más me sorprendió fue que un rostro extrañamente inquietante proyectó una fugaz sombra sobre el cristal redondo de mi reloj. Me volví, sobresaltado. Y fue entonces, en ese preciso instante, cuando vi por primera vez a lo que llaman un kappa. Sobre una roca detrás de mí, había un kappa, tal y como lo describen en los dibujos: con una mano abrazaba el tronco de un abedul y con la otra se hacía visera sobre los ojos, observándome con curiosidad.

Me quedé atónito, sin moverme durante un rato. El kappa también parecía sorprendido, pues ni siquiera movió la mano que tenía sobre los ojos. De repente, salté como un resorte y me abalancé sobre el kappa que estaba en la roca. Al mismo tiempo, el kappa también echó a correr. O más bien, debió de echar a correr. Lo cierto es que, en lo que me pareció un ágil quiebro, desapareció de repente en algún lugar. Aún más asombrado, escudriñé entre los bambúes enanos. Entonces vi al kappa, en posición de huida, mirándome desde unos dos o tres metros de distancia. Eso no tenía nada de extraño. Lo que me resultó inesperado fue el color de su cuerpo. El kappa que me había estado observando desde la roca tenía un tono grisáceo uniforme. Pero ahora, todo su cuerpo se había vuelto de un verde intenso. Grité «¡Maldita sea!» y me lancé sobre él una vez más. El kappa, por supuesto, huyó. Y así, durante unos treinta minutos, atravesando bambúes, saltando rocas, lo perseguí sin tregua.

El kappa era tan rápido como un mono, si no más. En mi frenética persecución, estuve a punto de perderlo de vista varias veces. Además, resbalé y caí en más de una ocasión. Pero al llegar bajo un gran castaño que extendía sus robustas ramas, por fortuna, una vaca de pastoreo se interpuso en el camino del kappa. Y no era una vaca cualquiera, sino un toro de cuernos gruesos y ojos inyectados en sangre. Al ver al toro, el kappa soltó una especie de chillido y se zambulló de cabeza entre los bambúes más altos. Yo, por mi parte, pensé «¡Te tengo!» y me lancé tras él de inmediato. Pero allí debía de haber un agujero que yo desconocía. Apenas sentí la punta de mis dedos rozar la espalda resbaladiza del kappa cuando caí de cabeza en una profunda oscuridad. Pero la mente humana, incluso en momentos de máximo peligro, es capaz de pensar en las cosas más inverosímiles. En el instante en que pensé «¡Ah!», recordé que cerca de la posada de Kamikochi había un puente llamado «Puente del Kappa». Después de eso... no recuerdo nada más. Solo sentí algo parecido a un relámpago ante mis ojos y, sin darme cuenta, perdí el conocimiento.

Dos

Cuando por fin recobré el conocimiento, me encontré tumbado boca arriba, rodeado por una multitud de kappas. No solo eso, sino que un kappa con un grueso pico sobre el que llevaba unos quevedos estaba arrodillado a mi lado, auscultándome el pecho con un estetoscopio. Cuando vio que abría los ojos, me hizo un gesto con la mano para que guardara silencio y luego llamó a otro kappa que estaba detrás de él, diciendo: «Quax, quax». De alguna parte aparecieron dos kappas con una camilla. Me colocaron en ella y avanzamos tranquilamente unas cuantas manzanas entre la multitud de kappas. La calle por la que avanzábamos no se diferenciaba en nada de la calle Ginza. También allí, a la sombra de una hilera de hayas, varias tiendas desplegaban sus toldos, y por la calzada que flanqueaban los árboles circulaban numerosos automóviles.

Al cabo de un rato, la camilla en la que me llevaban giró por un estrecho callejón y me introdujeron en una casa. Según supe más tarde, era la casa del kappa de los quevedos, un médico llamado Chack. Chack me acostó en una cama limpia y ordenada. Luego me dio a beber un vaso de una medicina líquida y transparente. Me quedé tumbado en la cama, dejándome hacer por Chack. La verdad es que me dolían tanto las articulaciones que apenas podía moverme.

Chack venía a examinarme dos o tres veces al día. Y una vez cada tres días, más o menos, también me visitaba el primer kappa que había visto, un pescador llamado Bagg. Los kappas saben mucho más de nosotros los humanos de lo que nosotros sabemos de ellos. Probablemente porque ellos capturan humanos con mucha más frecuencia de la que nosotros capturamos kappas. Y aunque «capturar» no sea la palabra exacta, lo cierto es que antes que yo, muchos humanos habían llegado al país de los kappas. No solo eso, sino que muchos se habían quedado a vivir allí toda su vida. ¿Y por qué, se preguntarán? Pues porque, por el mero privilegio de no ser kappas, sino humanos, podíamos comer sin trabajar. De hecho, según me contó Bagg, un joven obrero de la construcción, que también llegó a este país por casualidad, se casó con una kappa y vivió aquí hasta su muerte. Por cierto, se dice que esa kappa era la más bella del país y que, además, era toda una experta en engañar a su marido obrero.

Una semana después, según las leyes de este país, me asignaron una vivienda junto a la de Chack en calidad de «residente bajo protección especial». Mi casa, aunque pequeña, era de un gusto exquisito. Por supuesto, la

civilización de este país no difería mucho de la de los humanos, al menos no de la civilización japonesa. En un rincón del salón que daba a la calle había un pequeño piano, y en las paredes colgaban algunos grabados enmarcados. El único inconveniente era que las dimensiones de la casa, así como las de la mesa y las sillas, estaban adaptadas a la estatura de los kappas, por lo que me sentía como si me hubieran metido en la habitación de un niño.

Cada atardecer, solía recibir en esa habitación a Chack y a Bagg para aprender el idioma de los kappas. Y no solo a ellos. Como yo era un residente bajo protección especial, todos sentían curiosidad por mí, así que incluso un tal Gael, presidente de una compañía de vidrio que venía a propósito para que Chack le tomara la presión arterial, también se dejaba caer por allí. Sin embargo, durante las primeras dos semanas, con quien más intimé fue con el pescador Bagg.

Una tarde de bochorno, estaba yo sentado en esa habitación, frente a Bagg, con la mesa de por medio. De repente, Bagg se quedó en silencio y, abriendo aún más sus grandes ojos, me miró fijamente. Extrañado, por supuesto, le pregunté: «Quax, Bag, quo quel, quan?», lo que en español se traduciría como «Oye, Bagg, ¿qué te pasa?». Pero Bagg no respondió. No solo eso, sino que se levantó de un salto y, sacando la lengua, hizo ademán de abalanzarse sobre mí como una rana. Cada vez más inquieto, me levanté sigilosamente de la silla e intenté salir corriendo hacia la puerta. Por suerte, en ese preciso instante, apareció el médico Chack. —¡Oye, Bagg! ¿Qué estás haciendo? Chack, sin quitarse los quevedos, fulminó con la mirada a Bagg. Este, amedrentado, se llevó varias veces la mano a la cabeza y se disculpó ante Chack. —Lo siento muchísimo. Es que me hizo gracia ver lo asustado que estaba el señor, y me dejé llevar por la broma. Por favor, señor, perdóneme usted también.

TRES

Antes de continuar con mi relato, debo explicar un poco qué es un kappa. Se trata de un animal cuya existencia real sigue siendo motivo de debate. Sin embargo, habiendo vivido yo mismo entre ellos, no debería caber la menor duda. Si me preguntan qué tipo de animal es, les diré que, por supuesto, tienen el pelo corto en la cabeza y membranas en manos y pies, lo que no difiere mucho de lo que se describe en obras como el Suikokōryaku . Su estatura ronda el metro, más o menos. Según el médico Chack, su peso varía entre veinte y treinta libras, aunque decía que en raras ocasiones se pueden encontrar kappas de gran tamaño que pesan más de cincuenta libras. En el centro de su cabeza tienen un plato de forma ovalada, cuyo grado de dureza parece aumentar con la edad. De hecho, el plato del viejo Bagg tenía un tacto completamente diferente al del joven Chack. Pero lo más asombroso es, sin duda, el color de su piel. Los kappas no tienen un color de piel fijo como nosotros los humanos. Cambian de color según el entorno: si están entre la hierba, se vuelven verdes como la hierba; si están sobre una roca, se vuelven grises como la roca. Esto, por supuesto, no es exclusivo de los kappas; también ocurre con los camaleones. Quizá la estructura de su piel tenga alguna similitud con la de los camaleones. Al descubrir este hecho, recordé los registros folclóricos que dicen que los kappas del oeste de Japón son verdes y los del noreste son rojos. También recordé cómo, mientras perseguía a Bagg, de repente lo perdí de vista, como si se hubiera desvanecido. Además, los kappas parecen tener una capa de grasa bastante gruesa bajo la piel, ya que, a pesar de la temperatura relativamente baja de este país subterráneo (una media de unos 50 grados Fahrenheit), no conocen la ropa. Por supuesto, todos los kappas llevan gafas, estuches de cigarrillos o monederos. Pero como tienen una bolsa en el vientre, como los canguros, no les resulta especialmente incómodo guardar esas cosas. Lo que me resultaba curioso era que ni siquiera se cubrían la cintura. Una vez le pregunté a Bagg el motivo de esta costumbre. Él, echándose hacia atrás, no paraba de reír a carcajadas. Y para colmo, me respondió: «A mí lo que me hace gracia es lo que tú escondes».

CUATRO

Poco a poco fui aprendiendo el lenguaje cotidiano de los kappas. En consecuencia, empecé a comprender también sus costumbres y tradiciones. De entre todas ellas, la más extraña era que los kappas se reían de lo que nosotros los humanos nos tomamos en serio, y al mismo tiempo, se tomaban en serio lo que a nosotros nos parece gracioso; una costumbre completamente disparatada. Por ejemplo, nosotros los humanos nos tomamos en serio cosas como la justicia o la humanidad, pero los kappas, al oír hablar de ello, se parten de risa. Es decir, su concepto de lo cómico debe de tener un estándar totalmente distinto al nuestro. Una vez, estaba hablando con el médico Chack sobre el control de la natalidad. De repente, Chack abrió la boca de par en par y se echó a reír con tanta fuerza que se le cayeron los quevedos. Yo, por supuesto, me enfadé y le pregunté qué era tan gracioso. Recuerdo que la respuesta de Chack fue más o menos así, aunque podría equivocarme en algunos detalles. Al fin y al cabo, por aquel entonces todavía no entendía del todo el idioma de los kappas. —Es que me parece gracioso que solo piensen en la conveniencia de los padres. Es demasiado egoísta.

Por el contrario, desde nuestro punto de vista humano, no hay nada más gracioso que el parto de un kappa. De hecho, poco después, fui a la cabaña de Bagg a presenciar el parto de su esposa. Cuando un kappa va a dar a luz, es igual que entre nosotros los humanos. También lo hacen con la ayuda de un médico y una partera. Pero en el momento del parto, el padre, como si fuera a hacer una llamada telefónica, acerca la boca al órgano reproductor de la madre y le pregunta en voz alta: «Antes de nacer en este mundo, piénsalo bien y luego responde». Bagg también, arrodillado, repitió estas palabras varias veces. Luego se enjuagó la boca con un desinfectante que había sobre la mesa. Entonces, el hijo en el vientre de la esposa, como si sintiera algo de reparo, respondió en voz baja: —No quiero nacer. Para empezar, la herencia de mi padre, solo con las enfermedades mentales, ya es un gran problema. Además, creo que la existencia de los kappas es algo malo. Al oír esta respuesta, Bagg se rascó la cabeza, avergonzado. Pero la partera que estaba allí introdujo de inmediato un grueso tubo de vidrio en el órgano reproductor de la esposa y le inyectó un líquido. La esposa soltó un suspiro de alivio. Al mismo tiempo, su vientre, hasta entonces abultado, se desinfló como un globo al que se le ha quitado el gas de hidrógeno.

Como son capaces de dar tales respuestas, los niños kappa, nada más nacer, ya saben caminar y hablar. Según Chack, hubo un niño que, a los veintiséis días de nacer, dio una conferencia sobre la existencia de Dios. Aunque, según dicen, ese niño murió al segundo mes.

Ya que hablamos de partos, les contaré sobre un gran póster que vi por casualidad en la esquina de una calle al tercer mes de mi llegada a este país. Debajo del póster había dibujados unos doce o trece kappas, unos tocando trompetas y otros sosteniendo espadas. Y en la parte superior, había una gran cantidad de caracteres en espiral, parecidos al resorte de un reloj, que es la escritura de los kappas. La traducción de estos caracteres en espiral sería más o menos así. Puede que también me equivoque en algunos detalles. Pero, en cualquier caso, me limité a tomar nota de las palabras que Rapp, un estudiante kappa que caminaba conmigo, me leía en voz alta.

¡SE RECLUTAN VOLUNTARIOS GENÉTICOS!!! ¡KAPPAS SANOS, HOMBRES Y MUJERES!!! PARA EXTERMINAR LA MALA HERENCIA ¡CASAOS CON KAPPAS INSANOS, HOMBRES Y MUJERES!!!

Por supuesto, en aquel momento también le expliqué a Rapp que esas cosas no se hacían. Entonces, no solo Rapp, sino todos los kappas que estaban cerca del póster, se echaron a reír a carcajadas. —¿Que no se hacen? Pero según lo que usted cuenta, ustedes también lo hacen, igual que nosotros. ¿Por qué cree que el hijo de un noble se enamora de la sirvienta, o la hija de la sirvienta del chófer? Todos ellos están exterminando inconscientemente la mala herencia. Además, en comparación con los cuerpos de voluntarios humanos de los que usted habló el otro día —esos que se matan entre sí por un trozo de vía férrea—, ¿no cree que nuestros voluntarios son mucho más nobles? Rapp decía esto con toda seriedad, pero su grueso vientre no dejaba de ondular de risa. Yo, sin embargo, lejos de reír, intenté apuradamente atrapar a un kappa. Me había dado cuenta de que, aprovechando mi descuido, me había robado la pluma estilográfica. Pero los kappas, con su piel resbaladiza, no son fáciles de atrapar. Ese kappa también, nada más escurrírseme, echó a correr. Inclinando su cuerpo delgado como un mosquito, casi hasta caerse.

CINCO

Este kappa llamado Rapp me ayudó tanto como Bagg. Pero lo que no puedo olvidar es que me presentó a un kappa llamado Tock. Tock era un poeta entre los kappas. Que los poetas lleven el pelo largo no es diferente a como lo hacen entre nosotros los humanos. A veces iba a casa de Tock a visitarlo para pasar el rato. Tock siempre tenía su estrecha habitación llena de macetas con plantas alpinas, y vivía de una manera muy despreocupada, escribiendo poesía o fumando tabaco. En un rincón de la habitación, una kappa hembra (Tock era un defensor del amor libre, por lo que no tenía esposa) estaba tejiendo o haciendo algo parecido. Cuando Tock me veía, siempre sonreía y decía: (Aunque la sonrisa de un kappa no es algo muy agradable. Al menos al principio, me resultaba más bien inquietante). — ¡Ah, qué bien que has venido! Siéntate en esa silla. Tock hablaba a menudo de la vida de los kappas y del arte de los kappas. Según él, no había nada más estúpido que la vida de un kappa corriente. Padres e hijos, maridos y esposas, hermanos... todos vivían con el único placer de atormentarse mutuamente. En particular, el sistema familiar era más que estúpido. Una vez, Tock señaló por la ventana y dijo con desdén: «¡Mira qué estupidez!». Por la calle, fuera de la ventana, un kappa aún joven caminaba a duras penas, con el aliento entrecortado, llevando colgados del cuello a sus padres y a otros siete u ocho kappas, machos y hembras. Sin embargo, a mí me impresionó el espíritu de sacrificio del joven kappa, y elogí su valiente actitud. — Hum, tú también tienes las cualidades para ser un ciudadano de este país... Por cierto, ¿eres socialista? Yo, por supuesto, respondí qua (que en el idioma de los kappas significa «sí»). — Entonces no te importará sacrificar a un genio por el bien de cien mediocres. — Entonces, ¿qué ideología tienes tú? Alguien me dijo que tus creencias, Tock, son anarquistas... — ¿Yo? Yo soy un superhombre (la traducción literal sería superkappa). Tock lo dijo con arrogancia. Este Tock también tenía ideas peculiares sobre el arte. Según él, el arte no está sometido a nada, es el arte por el arte, y por lo tanto, un artista debe ser, ante todo, un superhombre que ha trascendido el bien y el mal. Aunque esta no era necesariamente la opinión de Tock en solitario. Parece que sus amigos poetas compartían la misma opinión. De hecho, fui con Tock varias ve-

ces al Club de los Superhombres. Al Club de los Superhombres acudían poetas, novelistas, dramaturgos, críticos, pintores, músicos, escultores, aficionados al arte, etc. Pero todos eran superhombres. Siempre conversaban animadamente en un salón iluminado por luces eléctricas. No solo eso, a veces se mostraban con orgullo sus hazañas de superhombres. Por ejemplo, un escultor, entre las macetas de grandes helechos, había atrapado a un joven kappa y se dedicaba a practicar la pederastia. Y una novelista se subió a una mesa y se bebió sesenta vasos de absenta. Aunque al llegar al sexagésimo, cayó rodando bajo la mesa y murió al instante.

Una noche de luna clara, volvía del Club de los Superhombres del brazo del poeta Tock. Tock estaba inusualmente callado y no decía ni una palabra. En esto, pasamos por delante de una pequeña ventana de la que salía una luz cálida. Al otro lado de la ventana, una pareja de kappas, macho y hembra, estaban sentados a la mesa de la cena con sus tres hijos. Entonces Tock, suspirando, me dijo de repente: —Aunque me considero un amante sobrehumano, cuando veo una escena familiar como esa, no puedo evitar sentir envidia. —Pero, piénsalo como lo pienses, ¿no te parece que eso es una contradicción? Sin embargo, Tock, bajo la luz de la luna, con los brazos cruzados, seguía observando al otro lado de la pequeña ventana, la mesa de la cena de los cinco pacíficos kappas. Y al cabo de un rato, respondió: —La tortilla que hay ahí, digas lo que digas, es mucho más higiénica que el amor.

SEIS

La verdad es que el amor de los kappas difiere bastante del amor de los humanos. En cuanto una kappa hembra encuentra a un macho que le gusta, no repara en medios para atraparlo. Las más honestas persiguen al macho sin tregua. De hecho, he visto a kappas hembra persiguiendo a machos como si estuvieran locas. Y no solo eso. No solo la joven kappa, sino también sus padres y hermanos se unen a la persecución. El macho es el que lo pasa mal. Porque, después de huir desesperadamente, aunque tenga la suerte de no ser atrapado, acaba en cama durante dos o tres meses. Un día, estaba en

mi casa leyendo una antología de poemas de Tock. Entonces entró corriendo el estudiante Rapp. Rapp entró tropezando en mi casa, se desplomó en el suelo y dijo con el aliento entrecortado: — ¡Es terrible! ¡Al final me ha atrapado! Dejé caer el libro de poemas y eché el cerrojo de la puerta. Pero al mirar por el ojo de la cerradura, vi a una kappa hembra, baja de estatura y con la cara embadurnada de polvo de azufre, que todavía merodeaba por la puerta. Rapp estuvo varias semanas postrado en mi cama. Y con el tiempo, su pico se pudrió por completo y se le cayó.

Aunque también hay machos que persiguen con ahínco a las hembras. Pero en realidad, son las hembras las que los incitan a perseguirlas. También he visto a un macho persiguiendo a una hembra como un loco. La hembra, mientras huía, se detenía a propósito de vez en cuando, o se ponía a cuatro patas para provocarlo. Y para colmo, en el momento justo, se dejaba atrapar fácilmente, como si estuviera agotada. El macho que vi, después de abrazar a la hembra, se quedó un rato revolcándose en el suelo. Pero cuando por fin se levantó, tenía una expresión de decepción, o de arrepentimiento, en cualquier caso, una cara lastimera indescriptible. Pero eso no es lo peor. También vi a un pequeño kappa macho persiguiendo a una hembra. La hembra, como de costumbre, practicaba una huida seductora. En esto, desde la calle de enfrente, apareció un gran kappa macho, resoplando. La hembra, al ver a este macho, gritó con voz chillona: «¡Socorro! ¡Ayúdeme! ¡Ese kappa quiere matarme!». Por supuesto, el gran kappa macho atrapó al pequeño, lo tiró al suelo en medio de la calle y lo inmovilizó. El pequeño kappa agitó sus manos palmeadas en el aire un par de veces y finalmente murió. Pero para entonces, la hembra ya se había aferrado firmemente al cuello del gran kappa con una sonrisa maliciosa.

Todos los kappas machos que conocí, como si se hubieran puesto de acuerdo, eran perseguidos por las hembras. Por supuesto, Bagg, que tenía esposa e hijos, también era perseguido. Y no solo eso, fue atrapado dos o tres veces. Solo el filósofo Magg (que vive al lado del poeta Tock) no fue atrapado nunca. En parte, porque pocos kappas eran tan feos como Magg. Pero también porque Magg apenas salía a la calle y se quedaba siempre en casa. Fui varias veces a casa de Magg a charlar. Magg siempre estaba en una habitación en penumbra, con una linterna de vidrios de siete colores encendida, sentado ante un escritorio de patas altas, leyendo libros gruesos. Una vez, discutí con él sobre el amor de los kappas. —¿Por qué el gobierno

no controla más estrictamente que las hembras persigan a los machos? — En parte, porque hay pocas hembras entre los funcionarios. Las hembras son aún más celosas que los machos. Si aumentara el número de funcionarias, seguro que los machos podrían vivir sin ser tan perseguidos. Pero la eficacia de eso también sería limitada. ¿Quiere saber por qué? Porque incluso entre los propios funcionarios, las hembras persiguen a los machos. — Entonces, vivir como usted es la forma más feliz. Entonces Magg se levantó de la silla, me cogió de las manos y, con un suspiro, dijo: — Usted no es un kappa, así que es natural que no lo entienda. Pero a veces, incluso a mí me entran ganas de que me persiga una de esas terribles hembras.

SIETE

También fui a menudo a conciertos con el poeta Tock. Pero el que todavía no puedo olvidar es el tercer concierto al que fui. El ambiente de la sala no era muy diferente al de Japón. Unas trescientas o cuatrocientas kappas, machos y hembras, sentados en gradas ascendentes, cada uno con un programa en la mano, escuchaban atentamente. En este tercer concierto, además de Tock y su compañera, también estaba con el filósofo Magg, sentado en la primera fila. Después de que terminara el solo de violonchelo, un kappa de ojos extrañamente rasgados subió al escenario, sosteniendo una partitura con desenfado. Este kappa, según el programa, era el famoso compositor Craback. Según el programa... no, no hacía falta mirar el programa. Craback era miembro del Club de los Superhombres al que pertenecía Tock, así que yo también lo conocía de vista. Lied — Craback (Los programas de este país también solían estar en alemán). Craback, entre un fuerte aplauso, nos hizo una reverencia y se acercó tranquilamente al piano. Luego, también con desenfado, empezó a tocar su propio lied. Según Tock, Craback era un genio musical sin parangón en la historia de este país. A mí me interesaba no solo la música de Craback, sino también su poesía lírica, que era su otra afición, así que escuché con atención el sonido del gran piano de cola. Tock y Magg estaban probablemente aún más extasiados que yo. Pero

aquella hermosa (al menos según los kappas) kappa hembra, con el programa firmemente agarrado, sacaba la lengua de vez en cuando con irritación. Según Magg, hacía unos diez años que había fracasado en su intento de atrapar a Craback, y desde entonces le tenía ojeriza a este músico.

Craback, con todo su cuerpo lleno de pasión, continuó tocando el piano como si estuviera en una batalla. De repente, una voz resonó en la sala como un trueno: «¡Prohibida la interpretación!». Me sobresalté y me volví instintivamente. El autor de la voz era, sin lugar a dudas, un policía de estatura imponente sentado en la última fila. Cuando me volví, el policía, sentado tranquilamente, volvió a gritar, esta vez más fuerte: «¡Prohibida la interpretación!». Y entonces...

Entonces se desató el caos. «¡Abuso policial!». «¡Craback, toca! ¡Toca!». «¡Idiota!». «¡Maldito!». «¡Fuera!». «¡No te rindas!». Entre estos gritos que se alzaban, las sillas se caían, los programas volaban y, para colmo, llovían botellas vacías de gaseosa, piedras e incluso pepinos a medio morder, lanzados por quién sabe quién. Me quedé atónito e intenté preguntarle a Tock la razón. Pero Tock también estaba excitado, de pie en su silla, y no paraba de gritar: «¡Craback, toca! ¡Toca!». Y no solo eso, la compañera de Tock, que en algún momento había olvidado su enemistad, gritaba «¡Abuso policial!» con la misma intensidad que Tock. No tuve más remedio que dirigirme a Magg y preguntarle: «¿Qué ha pasado?». —¿Esto? Esto es algo habitual en este país. En principio, la pintura, la literatura... Magg, encogiendo el cuello cada vez que algo volaba cerca, me explicó con su habitual calma: —En principio, la pintura y la literatura, sea lo que sea que representen, son comprensibles para cualquiera, así que en este país nunca se prohíbe su venta o exposición. En su lugar, existe la prohibición de la interpretación musical. Al fin y al cabo, la música, por muy corruptora de las costumbres que sea una pieza, es incomprensible para los kappas que no tienen oído. —Pero, ¿ese policía tiene oído? —Bueno, eso es cuestionable. Probablemente, mientras escuchaba la melodía, recordó los latidos de su corazón cuando está en la cama con su esposa. Mientras tanto, el alboroto no hacía más que aumentar. Craback, de cara al piano, se volvió hacia nosotros con arrogancia. Pero por muy arrogante que fuera, no podía evitar esquivar las cosas que le lanzaban. Por lo tanto, su tan cuidada pose cambiaba cada dos o tres segundos. Sin embargo, en general, mantenía la dignidad de un gran músico, con sus ojos rasgados brillando ferozmente. Yo, por supuesto, para evi-

tar el peligro, me había puesto a Tock como escudo. Pero, impulsado por la curiosidad, seguí hablando animadamente con Magg. —¿No es esa censura una barbaridad? —No, es incluso más avanzada que la censura de cualquier otro país. Mire, por ejemplo, en XX. Hace apenas un mes... Justo cuando iba a decir esto, a Magg le cayó una botella vacía en la cabeza y, con un grito de quack (que es solo una interjección), perdió el conocimiento.

OCHO

Sentía una extraña simpatía por Gael, el presidente de la compañía de vidrio. Gael era el capitalista por excelencia. Probablemente, entre todos los kappas de este país, no había ni uno solo con un vientre tan grande como el de Gael. Sin embargo, sentado en su sillón, con su esposa, que parecía un lichi, y sus hijos, que parecían pepinos, a ambos lados, era la viva imagen de la felicidad. A menudo iba a cenar a casa de Gael, acompañado por el juez Pep y el médico Chuck. También, con cartas de presentación de Gael, visité varias fábricas con las que él y sus amigos tenían alguna relación. De todas esas fábricas, la que más me interesó fue la de fabricación de libros. Cuando entré en la fábrica con un joven ingeniero kappa y observé la enorme maquinaria impulsada por energía hidroeléctrica, me maravillé una vez más del progreso de la industria mecánica en el país de los kappas. Al parecer, allí se fabricaban siete millones de libros al año. Pero no fue el número de libros lo que me sorprendió, sino la facilidad con la que se fabricaban. En este país, para hacer un libro, solo hay que introducir papel, tinta y un polvo grisáceo en la boca en forma de embudo de la máquina. Una vez que las materias primas entran en la máquina, salen convertidas en innumerables libros de diferentes formatos en menos de cinco minutos. Mientras observaba los libros que caían como una cascada, le pregunté al ingeniero kappa, que estaba de pie con la espalda arqueada, qué era aquel polvo grisáceo. El ingeniero, de pie frente a la máquina que brillaba con un lustre negro, me respondió con indiferencia: —¿Esto? Son sesos de burro. Sí, solo los secamos y luego los molemos. El precio de mercado es de dos o tres

céntimos la tonelada. Por supuesto, estos milagros industriales no solo ocurrían en la fábrica de libros. También ocurrían en las fábricas de cuadros y en las de música. De hecho, según Gael, en este país se inventaban, de media, setecientos u ochocientos tipos de máquinas nuevas al mes, y la producción en masa se realizaba cada vez con menos mano de obra. En consecuencia, el número de obreros despedidos no bajaba de cuarenta o cincuenta mil. Y sin embargo, en este país, al leer el periódico cada mañana, nunca me encontré con la palabra «huelga». Esto me pareció extraño, así que en una ocasión, invitado de nuevo a cenar en casa de Gael con Pep y Chuck, aproveché la oportunidad para preguntar el porqué. —Es que nos los comemos a todos. Gael, con un puro de postre en la boca, lo dijo con total naturalidad. Pero yo no entendía a qué se refería con «nos los comemos». Entonces Chuck, con sus quevedos, adivinó mi confusión y me lo explicó desde un lado: —Matamos a todos esos obreros y usamos su carne como alimento. Mire este periódico. Este mes se han despedido exactamente a sesenta y cuatro mil setecientos sesenta y nueve obreros, así que el precio de la carne ha bajado en consecuencia. —¿Y los obreros se dejan matar sin más? —No sirve de nada protestar. Existe la Ley de Sacrificio de Obreros. Esto lo dijo Pep, que estaba sentado con cara amarga detrás de una maceta de arrayán. Por supuesto, sentí un profundo malestar. Pero tanto el anfitrión Gael como Pep y Chuck parecían considerarlo algo natural. De hecho, Chuck, riendo, me dijo con tono burlón: —Básicamente, les ahorramos a nivel estatal la molestia de morir de hambre o suicidarse. Solo les hacemos inhalar un poco de gas tóxico, así que no sufren mucho. —Pero comerse esa carne... —No diga tonterías. Si Magg le oyera, se reiría a carcajadas. ¿Acaso en su país las hijas de la cuarta clase no se convierten en prostitutas? Indignarse por comer carne de obrero es puro sentimentalismo. Gael, que había estado escuchando esta conversación, me ofreció un plato de sándwiches que había sobre una mesa cercana y me dijo con total indiferencia: —¿Qué me dice? ¿Quiere uno? También es de carne de obrero. Por supuesto, me sentí asqueado. Y no solo eso. Salí corriendo del salón de Gael, dejando atrás las risas de Pep y Chuck. Era una noche tormentosa, sin estrellas en el cielo sobre las casas. Mientras volvía a mi casa en medio de esa oscuridad, no paré de vomitar. Un vómito que brillaba blanquecino en la oscuridad de la noche.

NUEVE

Sin embargo, Gael, el presidente de la compañía de vidrio, era sin duda un kappa sociable. Fui con él varias veces al club al que pertenecía y pasé noches muy agradables. En parte, porque ese club era mucho más acogedor que el Club de los Superhombres de Tock. Y también porque, aunque las conversaciones de Gael no tenían la profundidad de las del filósofo Magg, me abrieron un mundo completamente nuevo, un mundo más amplio. Gael, mientras removía su taza de café con una cucharilla de oro macizo, siempre contaba animadamente todo tipo de historias.

Una noche de densa niebla, yo escuchaba a Gael hablar, con un jarrón lleno de rosas de invierno entre nosotros. Recuerdo que era una habitación de estilo Secesión, con todo, desde la habitación misma hasta las sillas y la mesa, pintado de blanco con finos bordes dorados. Gael, con una sonrisa más orgullosa de lo habitual en su rostro, hablaba del gabinete del partido Quorax, que en aquel momento dominaba la política. La palabra «Quorax» es solo una interjección sin sentido, por lo que no se puede traducir más que como «vaya». Pero, en cualquier caso, era un partido político cuyo lema era, ante todo, «el interés de todos los kappas». — Quien gobierna el partido Quorax es el famoso político Roppe. «La honestidad es la mejor diplomacia» es una frase de Bismarck, ¿verdad? Pero Roppe aplica la honestidad también a la política interior... — Pero los discursos de Roppe... — Escuche lo que le digo. Esos discursos, por supuesto, son todos mentira. Pero como todo el mundo lo sabe, al final es como si fuera honesto. Decir que es todo mentira es un prejuicio solo de ustedes. Nosotros los kappas, a diferencia de ustedes... pero bueno, eso no importa. De lo que quiero hablar es de Roppe. Roppe gobierna el partido Quorax, y quien gobierna a Roppe es Kuikui, el presidente del periódico Pou-Fou. (La palabra «Pou-Fou» también es una interjección sin sentido. Si hubiera que traducirla, no habría más remedio que decir «ah»). Pero Kuikui tampoco es su propio amo. Quien gobierna a Kuikui es el Gael que tiene delante. — Pero — y esto puede ser una impertinencia —, el periódico Pou-Fou es un periódico que defiende a los trabajadores, ¿no? Que su presidente, Kuikui, esté bajo su control... — Los periodistas del Pou-Fou, por supuesto, están del lado de los trabajadores. Pero

quien gobierna a los periodistas no es otro que Kuikui. Y Kuikui no puede prescindir del apoyo de este Gael. Gael, sin dejar de sonreír, jugaba con la cucharilla de oro. Al verlo, más que odiarlo a él, sentí compasión por los periodistas del Pou-Fou. Entonces Gael, adivinando mi compasión en mi silencio, hinchó su gran vientre y dijo: —No, no todos los periodistas del Pou-Fou están del lado de los trabajadores. Al menos nosotros los kappas, antes que estar del lado de nadie, estamos de nuestro propio lado... Pero lo que es aún más complicado es que incluso este mismo Gael está bajo el dominio de otra persona. ¿Sabe quién es? Es mi esposa. La bella señora Gael. Gael se rio a carcajadas. —Eso es más bien una suerte. —En cualquier caso, estoy satisfecho. Pero esto solo puedo pregonarlo a los cuatro vientos delante de usted, que no es un kappa. —Entonces, ¿el gabinete Quorax está gobernado por la señora Gael? —Bueno, podría decirse así... Pero la guerra de hace siete años, sin duda, empezó por culpa de una kappa hembra. —¿Guerra? ¿En este país también hubo guerra? —Por supuesto que la hubo. Y no se sabe cuándo volverá a haberla. Mientras haya países vecinos... Fue entonces cuando me enteré por primera vez de que el país de los kappas no estaba aislado políticamente. Según la explicación de Gael, los kappas siempre consideraban a las nutrias como su enemigo hipotético. Y las nutrias, al parecer, tenían un armamento que no era inferior al de los kappas. Me interesó bastante la historia de la guerra de los kappas contra las nutrias. (Al fin y al cabo, que las nutrias fueran un enemigo formidable de los kappas era un hecho nuevo que, al parecer, desconocían no solo el autor del Suikokōryaku, sino también Yanagita Kunio, el autor del Santōmintanshū). —Antes de que estallara esa guerra, por supuesto, ambos países se vigilaban mutuamente sin bajar la guardia. Porque ambos se temían por igual. En esto, una nutria que estaba en este país visitó a una pareja de kappas. La hembra de esa pareja tenía la intención de matar a su marido. Era un vividor, ya sabe. Y el hecho de que tuviera un seguro de vida también pudo ser una pequeña tentación. —¿Conocía usted a esa pareja? —Sí... bueno, solo al macho. Mi esposa dice que es un malvado. Pero si me pregunta a mí, más que un malvado, es un loco con delirios de persecución, aterrorizado de que lo atrape una hembra... Así que esta kappa hembra le puso cianuro potásico en la taza de cacao de su marido. Pero, por algún error, se lo dio a beber a la nutria invitada. La nutria, por supuesto, murió. Y entonces... —¿Entonces empezó la guerra? —Sí, por desgracia, esa nutria tenía una condecoración. —¿Quién ganó la guerra? —Por supuesto, ganó este país. Trescientos

sesenta y nueve mil quinientos kappas murieron valientemente por ello. Pero en comparación con el país enemigo, ese daño no es nada. Casi todas las pieles de este país son de nutria. Yo, durante esa guerra, además de fabricar vidrio, también envié escoria de carbón al frente. —¿Para qué la escoria de carbón? —Para alimentarse, por supuesto. Nosotros los kappas, cuando tenemos hambre, comemos cualquier cosa. —Eso —por favor, no se ofenda—, para los kappas que están en el frente... en nuestro país sería un escándalo. —En este país también es un escándalo. Pero si lo digo yo mismo, nadie lo convierte en un escándalo. El filósofo Magg también lo dice: «Confiesa tú mismo tu maldad, y la maldad desaparecerá por sí sola». Además, aparte del beneficio, yo ardía en patriotismo. Justo en ese momento entró el camarero del club. El camarero, después de hacer una reverencia a Gael, dijo como si estuviera recitando: —Hay un incendio en la casa de al lado de la suya. —¡Un... un incendio! Gael se levantó de un salto, sorprendido. Yo, por supuesto, también me levanté. Pero el camarero añadió con calma: —Pero ya lo han apagado. Gael, mientras despedía al camarero, hizo una expresión a medio camino entre el llanto y la risa. Al ver su cara, me di cuenta de que en algún momento había llegado a odiar a este presidente de la compañía de vidrio. Pero ahora, Gael ya no era un gran capitalista ni nada, solo un simple kappa de pie. Saqué una de las rosas de invierno del jarrón y se la di a Gael. —Aunque el fuego se haya apagado, su esposa debe de estar muy asustada. Tenga, llévesela a casa. —Gracias. Gael me estrechó la mano. Luego, de repente, sonrió maliciosamente y me susurró: —La casa de al lado es de mi propiedad. Así que cobraré el dinero del seguro de incendios. Todavía recuerdo vívidamente la sonrisa de Gael en aquel momento, una sonrisa que no podía ni despreciar ni odiar.

DIEZ

—¿Qué te pasa? Hoy estás extrañamente decaído, ¿no? Fue al día siguiente del incendio. Le dije esto a Rapp, el estudiante, que estaba sentado en una silla de mi salón con un cigarrillo en la boca. De hecho, Rapp, con la pierna

izquierda sobre la derecha, miraba fijamente al suelo, tan absorto que ni siquiera se le veía el pico podrido. — Rapp, ¿qué te pasa? — le pregunté. — No, no es nada, una tontería... Rapp levantó por fin la cabeza y dijo con una voz nasal y triste. — Hoy, mientras miraba por la ventana, murmuré sin pensar: «Vaya, ha florecido la grasilla». Entonces mi hermana cambió de color de repente y me gritó: «¡Pues claro que soy una grasilla!». Y para colmo, mi madre, que siempre ha favorecido a mi hermana, también me atacó. — ¿Y por qué le molesta a tu hermana que dijeras que había florecido la grasilla? — No sé, supongo que lo interpretó en el sentido de que atrapa a los kappas machos. Entonces mi tía, que se lleva mal con mi madre, también se metió en la pelea, y se armó un escándalo tremendo. Y mi padre, que siempre está borracho, al oír la pelea, empezó a pegar a diestro y siniestro. Como si eso no fuera suficiente, mi hermano pequeño, en medio de todo, le robó el monedero a mi madre y se fue al cine o a algún sitio. Yo... de verdad, yo ya no... Rapp se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar en silencio. Por supuesto, sentí compasión por él. Y al mismo tiempo, recordé el desprecio del poeta Tock por el sistema familiar. Le di una palmada en el hombro a Rapp y traté de consolarlo con todas mis fuerzas. — Eso pasa en todas partes. Anímate. — Pero... pero si no tuviera el pico podrido... — No hay más remedio que resignarse. Vamos, vayamos a casa de Tock. — Tock me desprecia. No soy capaz de abandonar a mi familia con la audacia de Tock. — Pues vayamos a casa de Craback. Desde aquel concierto, también me había hecho amigo de Craback, así que decidí llevar a Rapp a casa de este gran músico. Craback vivía con mucho más lujo que Tock. No en el sentido de que viviera como el capitalista Gael. Simplemente, tenía su habitación llena de todo tipo de antigüedades — figuras de Tanagra y cerámica persa —, en medio de las cuales había colocado un diván turco, y siempre estaba jugando con sus hijos bajo su propio retrato. Pero hoy, por alguna razón, estaba sentado con cara amarga y los brazos cruzados sobre el pecho. Y a sus pies, había un montón de papeles arrugados esparcidos por el suelo. Rapp también debía de haber visto a Craback varias veces junto con el poeta Tock. Pero, asustado por su aspecto, hoy hizo una reverencia cortés y se sentó en silencio en un rincón de la habitación. — ¿Qué te pasa, Craback? — le pregunté al gran músico casi a modo de saludo. — ¿Qué me va a pasar? ¡Esos críticos idiotas! ¡Se atreven a decir que mi poesía lírica no se puede comparar con la de Tock! — Pero tú eres músico y... — Si solo fuera eso, podría soportarlo. ¡Pero dicen que, comparado con Lock, no

merezco el nombre de músico! Lock era un músico con el que a menudo comparaban a Craback. Pero, por desgracia, como no era miembro del Club de los Superhombres, nunca había hablado con él. Aunque sí había visto a menudo en fotografías su cara de pico respingón y aspecto peculiar. —Lock también es un genio, sin duda. Pero su música no tiene la pasión moderna que rebosa en la tuya. —¿De verdad lo crees? —Por supuesto que lo creo. Entonces Craback se levantó de un salto, cogió una figura de Tanagra y la estrelló contra el suelo. Rapp, muy asustado, soltó un grito e intentó huir. Pero Craback nos hizo un gesto a Rapp y a mí para que no nos asustáramos y luego dijo con frialdad: —Eso es porque tú, como el vulgo, tampoco tienes oído. Yo le temo a Lock... —¿Tú? Deja de hacerte el modesto. —¿Quién se hace el modesto? Antes que hacerme el modesto delante de ustedes, me lo haría delante de los críticos. Yo, Craback, soy un genio. En ese sentido, no le temo a Lock. —¿Entonces a qué le temes? —A algo cuya verdadera naturaleza desconozco. Por así decirlo, a la estrella que gobierna a Lock. —No acabo de entenderlo. —Entonces quizá lo entiendas si lo digo así. Lock no se ve influenciado por mí. Pero yo, sin darme cuenta, me veo influenciado por Lock. —Eso es por tu sensibilidad... —Escucha. No es una cuestión de sensibilidad. Lock siempre hace tranquilamente el trabajo que solo él puede hacer. Pero yo me pongo nervioso. Desde el punto de vista de Lock, quizá sea una diferencia de un solo paso. Pero para mí, son diez millas. —Pero su sinfonía heroica... Craback entornó aún más sus ojos rasgados y fulminó a Rapp con la mirada. —Cállate. ¿Qué sabes tú? Yo conozco a Lock. Conozco a Lock mejor que los perros que se postran ante él. —Bueno, cálmate un poco. —Si pudiera estar tranquilo... Siempre pienso esto: algo que no conocemos me ha puesto a Lock delante para burlarse de mí, de Craback. El filósofo Magg sabe todo esto. Aunque siempre está leyendo libros viejos bajo esa linterna de vidrios de colores. —¿Por qué? —Mira este libro que ha escrito Magg hace poco, Las palabras de un necio . Craback me entregó un libro, o más bien, me lo arrojó. Luego, con los brazos cruzados de nuevo, dijo bruscamente: —Bueno, hoy me despido. Tuve que salir de nuevo a la calle con el abatido Rapp. La concurrida calle, como siempre, tenía varias tiendas a la sombra de la hilera de hayas. Caminamos en silencio, sin decir nada. Entonces pasó por allí el poeta Tock, con su larga melena. Al vernos, Tock sacó un pañuelo de la bolsa de su vientre y se secó la frente varias veces. —Vaya, cuánto tiempo sin vernos. Hoy pensaba visitar a Craback después de mucho tiempo, pero... Para no provocar una

pelea entre estos artistas, le conté a Tock de forma indirecta que Craback estaba de muy mal humor. — Ya veo. Entonces lo dejaré. Al fin y al cabo, Craback sufre de agotamiento nervioso... Yo también llevo dos o tres semanas sin poder dormir y estoy hecho polvo. —¿Qué te parece si paseas un rato con nosotros? —No, hoy lo dejaré. ¡Huy! Tock gritó esto y me agarró del brazo con fuerza. Y de repente, todo su cuerpo estaba cubierto de un sudor frío. —¿Qué ha pasado? —¿Qué le pasa? —Nada, me pareció ver a un mono verde asomando la cabeza por la ventanilla de ese coche. Me preocupé un poco y le aconsejé que fuera a ver al médico Chack para que lo examinara. Pero Tock, dijera lo que dijera, no parecía dispuesto a aceptar. No solo eso, sino que, mirándonos con desconfianza, llegó a decir: —Yo no soy anarquista, que quede claro. No lo olviden. Bueno, adiós. A Chack no quiero verlo ni en pintura. Nos quedamos allí, atónitos, viendo cómo se alejaba la figura de Tock. Nosotros... no, no «nosotros». El estudiante Rapp, sin darme cuenta, se había puesto en medio de la calle, con las piernas abiertas, y observaba el incesante ir y venir de coches y gente a través de sus piernas, como si mirara por un catalejo. Pensando que este kappa también se había vuelto loco, lo levanté de un tirón. —¡No es broma! ¿Qué estás haciendo? Pero Rapp, frotándose los ojos, me respondió con una calma inesperada. —Nada, como estaba tan deprimido, intenté ver el mundo al revés. Pero es lo mismo.

ONCE

Estos son algunos capítulos de Las palabras de un necio , escrito por el filósofo Magg.

×

El necio siempre cree que todos los demás, excepto él, son necios.

×

Amamos la naturaleza, en parte, porque la naturaleza no nos odia ni nos envidia.

×

La vida más sabia consiste en despreciar las costumbres de una época y, sin embargo, vivir sin romper en lo más mínimo esas mismas costumbres.

×

Aquello de lo que más nos enorgullecemos es solo aquello que no poseemos.

×

Nadie se opone a destruir ídolos. Al mismo tiempo, nadie se opone a convertirse en un ídolo. Pero aquellos que pueden sentarse tranquilamente en el pedestal de un ídolo son los más bendecidos por los dioses: necios, villanos o héroes. (Craback había marcado este capítulo con la uña).

×

Las ideas necesarias para nuestra vida pudieron haberse agotado hace tres mil años. Nosotros solo añadimos fuego nuevo a leña vieja.

×

Nuestras características suelen trascender nuestra propia conciencia.

×

Si la felicidad conlleva dolor y la paz conlleva hastío, ¿entonces...?

×

Defenderse a uno mismo es más difícil que defender a otros. Quien lo dude, que mire a los abogados.

×

Orgullo, lujuria, duda... todos los pecados, desde hace tres mil años, emanan de estos tres. Y al mismo tiempo, probablemente, también todas las virtudes.

×

Reducir los deseos materiales no necesariamente trae la paz. Para obtener la paz, debemos reducir también los deseos espirituales. (Craback también había dejado la marca de su uña en este capítulo).

×

Somos más desdichados que los humanos. Los humanos no han evolucionado tanto como los kappas. (Al leer este capítulo, no pude evitar reír).

×

Hacer es poder hacer, y poder hacer es hacer. Al final, nuestra vida no puede escapar de este círculo vicioso, es decir, termina en lo irracional.

×

Baudelaire, después de volverse idiota, expresó su visión de la vida en una sola palabra: la palabra «vagina». Pero lo que lo define no es necesariamente haber dicho esto, sino más bien, por confiar en su genio —su genio poético suficiente para mantener su vida—, haber olvidado la palabra «estó-mago». (En este capítulo también quedaba la marca de la uña de Craback).

×

Si nos guiáramos exclusivamente por la razón, deberíamos negar nuestra propia existencia. El hecho de que Voltaire, que deificó la razón, terminara su vida felizmente, demuestra que los humanos no han evolucionado más que los kappas.

DOCE

Una tarde relativamente fría, me cansé de leer Las palabras de un necio y salí a visitar al filósofo Magg. En la esquina de una calle solitaria, un kappa delgado como un mosquito estaba apoyado lánguidamente en una pared. Y era, sin lugar a dudas, el mismo kappa que me había robado la pluma estilográfica. Pensé que era mi oportunidad y llamé a un robusto policía que pasaba por allí. —Por favor, interrogue a ese kappa. Hace aproximadamente

un mes me robó la pluma estilográfica. El policía levantó su porra (los policías de este país llevan porras de tejo en lugar de espadas) y le dijo al kappa: «Oye, tú». Yo pensaba que tal vez el kappa intentaría huir. Pero, para mi sorpresa, se acercó al policía con total tranquilidad. No solo eso, sino que, con los brazos cruzados, nos miraba a mí y al policía con arrogancia. Sin embargo, el policía, sin enfadarse, sacó una libreta de la bolsa de su vientre y comenzó el interrogatorio. —¿Tu nombre? —Gluck. —¿Profesión? —Hasta hace dos o tres días era cartero. —Bien. Según la declaración de esta persona, le robaste su pluma estilográfica. —Sí, la robé hace aproximadamente un mes. —¿Para qué? —Quería que fuera un juguete para mi hijo. —¿Y tu hijo? El policía, por primera vez, clavó una mirada penetrante en el kappa. —Murió hace una semana. —¿Tienes el certificado de defunción? El kappa delgado sacó un papel de la bolsa de su vientre. El policía le echó un vistazo y, de repente, sonriendo, le dio una palmada en el hombro. —Muy bien. Muchas gracias por tu tiempo. Me quedé atónito, mirando al policía. Mientras tanto, el kappa delgado, murmurando algo, nos dio la espalda y se fue. Cuando por fin me recuperé, le pregunté al policía: —¿Por qué no lo detiene? —Ese kappa es inocente. —Pero robó mi pluma estilográfica... —Fue para que fuera un juguete para su hijo, ¿no? Pero ese hijo ya ha muerto. Si tiene alguna duda, consulte el artículo mil doscientos ochenta y cinco del Código Penal. El policía dijo esto y se fue rápidamente. No tuve más remedio que repetir mentalmente «artículo mil doscientos ochenta y cinco del Código Penal» y apresurarme a casa de Magg. Al filósofo Magg le gustan las visitas. De hecho, hoy también, en su habitación en penumbra, se habían reunido el juez Pep, el médico Chack, el presidente de la compañía de vidrio Gael y otros, y el humo de sus cigarrillos se elevaba bajo la linterna de vidrios de siete colores. Que el juez Pep estuviera allí era para mí la mejor de las suertes. Nada más sentarme, en lugar de buscar el artículo mil doscientos ochenta y cinco del Código Penal, le pregunté directamente a Pep: —Pep, disculpa la impertinencia, pero ¿en este país no se castiga a los criminales? Pep, después de soltar tranquilamente el humo de su cigarrillo con boquilla de oro, respondió con aire de indiferencia: —Claro que se castiga. Incluso se aplica la pena de muerte. —Pero hace un mes... Después de contarle todos los detalles, le pregunté por el famoso artículo mil doscientos ochenta y cinco del Código Penal. —Ah, sí, dice lo siguiente: «Por muy grave que sea el delito cometido, una vez que la circunstancia que motivó dicho delito ha desaparecido, no se podrá castigar al

autor del mismo». Es decir, en su caso, ese kappa antes era padre, pero ahora ya no lo es, por lo que el delito también desaparece naturalmente. — Eso me parece muy ilógico. — No diga tonterías. Considerar igual a un kappa que fue padre y a un kappa que es padre, eso sí que es ilógico. Ah, sí, en las leyes de Japón se les considera iguales, ¿no? A nosotros eso nos parece cómico. Je, je, je, je, je, je, je. Pep, mientras tiraba su cigarrillo, soltó una risa apagada y desganada. Entonces intervino Chack, que no tenía nada que ver con las leyes. Chack se ajustó un poco los quevedos y me preguntó: — ¿En Japón también hay pena de muerte? — Claro que la hay. En Japón es por ahorcamiento. Sentía cierta antipatía por el frío y sereno Pep, así que aproveché la oportunidad para lanzarle una pulla. — La pena de muerte en este país debe de ser más civilizada que en Japón, ¿no? — Por supuesto que es más civilizada. — Pep seguía tranquilo—. En este país no se utiliza el ahorcamiento. En raras ocasiones se utiliza la electricidad. Pero la mayoría de las veces, tampoco se utiliza la electricidad. Simplemente se le dice al criminal el nombre de su delito. — ¿Y con eso mueren los kappas? — Claro que mueren. El sistema nervioso de los kappas es mucho más sutil que el de ustedes. — Y no solo para la pena de muerte. También hay quienes usan esa técnica para asesinar... — El presidente Gael, con el rostro teñido de púrpura por la luz de los vidrios de colores, mostró una sonrisa afable—. El otro día, un socialista me llamó «ladrón» y estuve a punto de sufrir un paro cardíaco. — Eso parece ser bastante común. Un abogado que conocí murió precisamente por eso. Me volví hacia el kappa que había intervenido, el filósofo Magg. Magg, con su habitual sonrisa irónica y sin mirar a nadie, seguía hablando. — A ese kappa alguien le dijo que era una rana —y usted, por supuesto, ya sabrá que en este país que te llamen «rana» significa que eres un inhumano—. «¿Soy una rana? ¿No soy una rana?», se preguntaba todos los días, hasta que finalmente murió. — Eso es básicamente un suicidio. — Aunque el que lo llamó «rana» lo hizo con la intención de matarlo. Desde su punto de vista, eso también sería un suicidio... Justo cuando Magg decía esto, de repente, al otro lado de la pared de la habitación — sin duda, en casa del poeta Tock —, el agudo sonido de un disparo de pistola resonó, rompiendo el aire.

TRECE

Corrimos a la casa de Tock. Tock, con una pistola en la mano derecha, yacía boca arriba entre las macetas de plantas alpinas, con sangre brotando del plato de su cabeza. A su lado, una kappa hembra, con el rostro hundido en el pecho de Tock, lloraba a gritos. Mientras levantaba a la kappa hembra (la verdad es que no me gusta mucho tocar la piel resbaladiza de los kappas), le pregunté: «¿Qué ha pasado?». — No sé qué ha pasado. Estaba escribiendo algo y, de repente, se disparó en la cabeza con la pistola. ¡Ay, qué voy a hacer! Qur-r-r-r-r, qur-r-r-r-r (este es el llanto de un kappa). — Bueno, es que Tock siempre fue muy egoísta. Gael, el presidente de la compañía de vidrio, dijo esto al juez Pep mientras meneaba la cabeza con tristeza. Pero Pep no dijo nada y se encendió un cigarrillo con boquilla de oro. Entonces Chack, que hasta ese momento había estado arrodillado examinando la herida de Tock, con una actitud muy profesional, nos declaró a los cinco (en realidad, a un humano y cuatro kappas): — Ya no hay nada que hacer. Tock padecía una enfermedad estomacal, y solo por eso ya era propenso a la melancolía. — Dicen que estaba escribiendo algo. El filósofo Magg, como si se disculpaba, murmuró esto para sí mismo y cogió el papel que había sobre el escritorio. Todos estiramos el cuello (aunque yo fui la excepción) y miramos por encima del ancho hombro de Magg la hoja de papel. «Ea, partamos. Hacia el valle que nos separa de este mundo. Hacia el valle donde las rocas son escarpadas, el agua de la montaña es clara, y las flores de las hierbas medicinales son fragantes». Magg se volvió hacia nosotros y, con una sonrisa amarga, dijo: — Esto es un plagio de la Canción de Mignon de Goethe. Así que el suicidio de Tock significa que también estaba agotado como poeta. En ese momento, casualmente, llegó en coche el músico Craback. Craback, al ver la escena, se quedó un momento en la puerta. Pero al acercarse a nosotros, le habló a Magg casi a gritos: — ¿Es ese el testamento de Tock? — No, es el último poema que estaba escribiendo. — ¿Un poema? Magg, sin alterarse, le pasó el manuscrito de Tock a un Craback con los pelos de punta. Craback, sin prestar atención a su alrededor, se puso a leer el poema con avidez. Y apenas respondió a las palabras de Magg. — ¿Qué opina de la muerte de Tock? — Ea, partamos... Yo también podría

morir en cualquier momento... Hacia el valle que nos separa de este mundo... —Pero usted era uno de los mejores amigos de Tock, ¿no? — ¿Amigos? Tock siempre estuvo solo... Hacia el valle que nos separa de este mundo... solo que Tock, por desgracia... las rocas son escarpadas... —¿Por desgracia? —El agua de la montaña es clara... ustedes son afortunados... las rocas son escarpadas... Sentí compasión por la kappa hembra, que no paraba de llorar, así que la abracé suavemente por los hombros y la llevé a un diván en un rincón de la habitación. Allí, un kappa de dos o tres años reía, ajeno a todo. En lugar de la kappa hembra, me puse a entretener al niño. Y entonces sentí que mis propios ojos se llenaban de lágrimas. De todas las veces que estuve en el país de los kappas, solo lloré en aquella ocasión. —Pero qué lástima por la familia que tenía un kappa tan egoísta. —Es que no pensaba en las consecuencias. El juez Pep, mientras encendía un nuevo cigarrillo, le respondía así al capitalista Gael. Entonces, nos sobresaltó la voz fuerte del músico Craback. Craback, con el manuscrito en la mano, llamó a todos sin dirigirse a nadie en particular. —¡Lo tengo! ¡Saldrá una marcha fúnebre maravillosa! Craback, con sus ojos rasgados brillando, estrechó rápidamente la mano de Magg y salió disparado hacia la puerta. Por supuesto, para entonces, una multitud de kappas de las casas vecinas ya se había congregado en la puerta de Tock, mirando con curiosidad el interior. Pero Craback, apartando a estos kappas a diestro y siniestro, saltó ágilmente a su coche. Al mismo tiempo, el coche arrancó con un estruendo y desapareció. —¡Eh, eh, no miren así! El juez Pep, haciendo las veces de policía, empujó a la multitud de kappas y cerró la puerta de la casa de Tock. La habitación, quizá por eso, se quedó de repente en silencio. En medio de esa quietud — en medio del olor a sangre de Tock mezclado con el aroma de las flores de las plantas alpinas—, discutimos qué hacer a continuación. Pero el filósofo Magg, mirando el cadáver de Tock, estaba absorto en sus pensamientos. Le di una palmada en el hombro y le pregunté: «¿En qué piensas?». —En la vida de los kappas. —¿Qué pasa con la vida de los kappas? —Nosotros los kappas, digan lo que digan, para vivir plenamente nuestra vida de kappas... Magg, algo avergonzado, añadió en voz baja: —En cualquier caso, debemos creer en el poder de algo que no sea un kappa.

CATORCE

Fueron estas palabras de Magg las que me hicieron pensar en la religión. Yo, por supuesto, como materialista, nunca había pensado seriamente en la religión. Pero en aquel momento, conmovido por la muerte de Tock, empecé a preguntarme cuál sería la religión de los kappas. Inmediatamente, le pregunté al estudiante Rapp sobre este tema. — Aquí se practican el cristianismo, el budismo, el islam, el zoroastrismo... Pero la más influyente de todas es, sin duda, la Fe Moderna. También la llaman la Fe de la Vida. (La traducción «Fe de la Vida» puede no ser del todo exacta. La palabra original es Quemoocha . Cha equivaldría al sufijo -ismo del español. La raíz quemoo , o su forma original quemal , significa no solo «vivir», sino más bien «comer, beber, copular»). — Entonces, en este país también hay iglesias y templos. — No diga tonterías. La gran catedral de la Fe Moderna es el edificio más grande de este país. ¿Qué le parece si vamos a visitarla? Una tarde de bochorno y cielo nublado, Rapp, muy orgulloso, me llevó a esta gran catedral. Y en efecto, era un edificio diez veces más grande que la Catedral de Nikolai. Y no solo eso, era un edificio que combinaba en uno solo todos los estilos arquitectónicos. De pie frente a esta gran catedral, mirando sus altas torres y su cúpula redonda, sentí incluso algo de inquietud. Realmente parecían innumerables tentáculos que se extendían hacia el cielo. Nos quedamos un rato en la entrada (¡y qué pequeños nos veíamos en comparación con esa entrada!), contemplando esta extraordinaria catedral, que más que un edificio parecía un monstruo descomunal.

El interior de la catedral también era inmenso. Varias personas paseaban entre sus columnas de estilo corintio. Pero parecían tan pequeños como nosotros. En esto, nos encontramos con un kappa encorvado. Rapp le hizo una pequeña reverencia y le habló cortésmente: — Anciano, me alegro de verle tan bien. El kappa, después de hacer también una reverencia, respondió con la misma cortesía: — ¿Es usted el señor Rapp? Veo que sigue como siempre... (se interrumpió, probablemente al darse cuenta de que el pico de Rapp estaba podrido)... bueno, en cualquier caso, me alegro de verle tan bien. Pero, ¿qué le trae por aquí hoy? — Hoy vengo acompañando a este señor. Como usted probablemente ya sabe... Y entonces Rapp se explayó

contando mi historia. Al parecer, también era una excusa por el hecho de que Rapp no solía visitar la catedral. — Y por eso, me gustaría pedirle que le hiciera de guía. El anciano, con una sonrisa magnánima, primero me saludó y luego señaló tranquilamente el altar principal. — Aunque dice de guía, no creo que pueda serle de mucha ayuda. Lo que nosotros los fieles adoramos es el «Árbol de la Vida» que está en el altar principal. Como puede ver, el «Árbol de la Vida» tiene frutos dorados y verdes. A los frutos dorados los llamamos «Frutos del Bien», y a los verdes, «Frutos del Mal»... En medio de esta explicación, ya empecé a aburrirme. Las palabras del anciano, por muy sinceras que fueran, me sonaban a viejas metáforas. Por supuesto, fingí escuchar con atención. Pero de vez en cuando, no dejaba de echar un vistazo furtivo al interior de la catedral. Columnas corintias, bóvedas góticas, un suelo con un patrón de tablero de ajedrez arabesco, reclinatorios de imitación del estilo Secesión... la armonía creada por estos elementos poseía una extraña belleza bárbara. Pero lo que más me llamó la atención fueron los bustos de mármol que había en los nichos de ambos lados. Me pareció que conocía algunas de esas estatuas. Y no era de extrañar. El kappa encorvado, después de terminar su explicación sobre el «Árbol de la Vida», se acercó con nosotros al nicho de la derecha y comenzó a explicar el busto que había dentro. — Este es uno de nuestros santos, el santo Strindberg, que se rebeló contra todo. Se dice que este santo, después de sufrir mucho, encontró la salvación en la filosofía de Swedenborg. Pero en realidad, no se salvó. Este santo, como nosotros, simplemente creía en la Fe de la Vida, o más bien, no tenía más remedio que creer. Lea el libro que nos dejó, Leyendas . El propio santo confiesa que intentó suicidarse. Me sentí un poco melancólico y miré al siguiente nicho. El busto del siguiente nicho era de un alemán de bigote grueso. — Este es Nietzsche, el poeta de Zaratustra. Este santo buscó la salvación en el superhombre que él mismo creó. Pero tampoco se salvó y se volvió loco. Si no se hubiera vuelto loco, quizá no habría entrado en el número de los santos... El anciano guardó silencio un momento y luego nos guió al tercer nicho. — El tercero es Tolstói. Este santo hizo más penitencia que nadie. Porque, como era de noble cuna, odiaba mostrar su sufrimiento a un público curioso. Este santo se esforzó por creer en un Cristo en el que, en realidad, no podía creer. Incluso llegó a declarar públicamente que creía. Pero al final, en sus últimos años, no pudo soportar ser un mentiroso tan trágico. Es famoso que este santo también sentía a veces terror de las vigas de su estudio. Pero, como está entre los

santos, por supuesto que no se suicidó. El busto del cuarto nicho era de uno de nosotros, los japoneses. Al ver el rostro de este japonés, sentí una profunda nostalgia. —Este es Kunikida Doppo. Un poeta que conocía bien los sentimientos de un peón a punto de ser atropellado. Pero no creo que necesite más explicaciones. Ahora, por favor, mire el quinto nicho... —¿No es este Wagner? —Sí. El revolucionario que fue amigo de un rey. El santo Wagner, en sus últimos años, incluso rezaba antes de las comidas. Pero, por supuesto, era más un seguidor de la Fe de la Vida que del cristianismo. Según las cartas que nos dejó, no se sabe cuántas veces las penas de este mundo lo llevaron al borde de la muerte. Para entonces ya estábamos frente al sexto nicho. —Este es un amigo del santo Strindberg. Un pintor francés de origen comerciante que, en lugar de su esposa con muchos hijos, se casó con una niña de trece o catorce años. Este santo tenía sangre de marinero corriendo por sus gruesas venas. Pero mire sus labios. Quedan restos de arsénico o algo así. En el séptimo nicho está... ya debe de estar cansado. Por favor, venga por aquí. La verdad es que estaba cansado, así que seguí al anciano con Rapp por un pasillo que olía a incienso hasta una habitación. En un rincón de esa pequeña habitación, bajo una estatua de una Venus negra, había una ofrenda de un racimo de uvas silvestres. Me sorprendió un poco, ya que me había imaginado una celda monacal sin adornos. El anciano, al ver mi reacción, antes de ofrecernos asiento, nos explicó con aire de disculpa: —Por favor, no olvide que nuestra religión es la Fe de la Vida. La enseñanza de nuestro dios, el «Árbol de la Vida», es «Vive con vigor». Señor Rapp, ¿le ha mostrado a este señor nuestras sagradas escrituras? —No... la verdad es que yo mismo casi no las he leído. Rapp, rascándose el plato de la cabeza, respondió con honestidad. Pero el anciano, sin dejar de sonreír tranquilamente, continuó hablando. —Entonces no lo entenderá. Nuestro dios creó este mundo en un solo día. (El «Árbol de la Vida» es un árbol, pero no hay nada que no pueda hacer). No solo eso, creó a la kappa hembra. Entonces la kappa hembra, aburrida, buscó al kappa macho. Nuestro dios, compadecido de su lamento, tomó el cerebro de la kappa hembra y creó al kappa macho. Y a estos dos kappas, nuestro dios les dio la bendición de «Comed, copulad, vivid con vigor»... Mientras el anciano hablaba, recordé al poeta Tock. El poeta Tock, por desgracia, era ateo como yo. Yo no soy un kappa, así que es natural que no conociera la Fe de la Vida. Pero Tock, que nació en el país de los kappas, por supuesto que debía conocer el «Árbol de la Vida». Me compadecí del final de Tock, que no siguió esta enseñanza, y

empecé a hablar de él, interrumpiendo al anciano. — Ah, ese pobre poeta. El anciano, al oír mi historia, suspiró profundamente. — Nuestro destino lo determinan solo la fe, las circunstancias y el azar. (Aunque ustedes, además, cuentan la herencia). El señor Tock, por desgracia, no tenía fe. — Tock lo habría envidiado a usted. No, yo también lo envidio. El joven Rapp, con su edad... — Yo también, si tuviera el pico en buen estado, quizá sería optimista. Al oír esto, el anciano volvió a suspirar profundamente. Y con los ojos llorosos, miraba fijamente a la Venus negra. — Yo, en realidad — y esto es un secreto, por favor, no se lo diga a nadie —, yo tampoco puedo creer en nuestro dios. Pero algún día, mi oración... Justo cuando el anciano decía esto, la puerta de la habitación se abrió de repente y una gran kappa hembra se abalanzó sobre él. Por supuesto, intentamos detenerla. Pero la kappa hembra, en un instante, tiró al anciano al suelo. — ¡Viejo desgraciado! ¡Hoy también me has robado dinero del monedero para irte de copas! Unos diez minutos después, prácticamente huimos, dejando atrás a la pareja de ancianos, y bajamos por la entrada de la gran catedral. — Con esa mujer, es normal que el anciano no crea en el «Árbol de la Vida». Después de caminar un rato en silencio, Rapp me dijo esto. Pero yo, en lugar de responder, me volví instintivamente para mirar la catedral. La catedral, contra un cielo plomizo, seguía extendiendo sus altas torres y su cúpula redonda como innumerables tentáculos. Desprendiendo la inquietante atmósfera de un espejismo en el desierto.

QUINCE

Aproximadamente una semana después, escuché una historia extraña del médico Chack. Se decía que en la antigua casa de Tock aparecía un fantasma. Para entonces, la kappa hembra ya se había ido a otra parte, y la casa de nuestro amigo poeta se había convertido en el estudio de un fotógrafo. Según Chack, cuando se tomaban fotos en ese estudio, la figura de Tock siempre aparecía, borrosa, detrás del cliente. Aunque Chack, como materialista, no creía en la vida después de la muerte. De hecho, cuando contó la

historia, con una sonrisa maliciosa, añadió un comentario a modo de nota: «Parece que el alma también es una existencia material, ¿no?». Yo tampoco creía en fantasmas, no mucho más que Chuck. Pero como sentía afecto por el poeta Tock, fui inmediatamente a una librería y compré periódicos y revistas con artículos y fotos sobre el fantasma de Tock. Y en efecto, al ver las fotos, un kappa que se parecía a Tock aparecía, borroso, detrás de kappas de todas las edades y sexos. Pero lo que me sorprendió más que las fotos del fantasma de Tock fueron los artículos sobre él, especialmente el informe de la Sociedad de Investigación Psíquica. He traducido ese informe de forma bastante literal, así que a continuación presento un resumen. Las notas entre paréntesis son mías.

Informe sobre el fantasma del poeta Tock (Publicado en el número 8.274 de la Revista de la Sociedad de Investigación Psíquica)

Nuestra Sociedad de Investigación Psíquica celebró una reunión de investigación extraordinaria en el número 251 de la calle □□, antigua residencia del poeta Tock, recientemente suicidado, y actual estudio del fotógrafo XX. Los miembros presentes fueron los siguientes. (Se omiten los nombres).

Los diecisiete miembros, junto con el presidente de la Sociedad Psíquica, el señor Peck, nos reunimos a las 10:30 de la mañana del 17 de septiembre en una de las habitaciones de dicho estudio, acompañados de nuestra médium de mayor confianza, la señora Hopp. La señora Hopp, al entrar en el estudio, ya sintió una atmósfera psíquica y, sufriendo convulsiones en todo el cuerpo, vomitó en varias ocasiones. Según sus palabras, esto se debe a que, como resultado del intenso amor del poeta Tock por el tabaco, su atmósfera psíquica también contiene nicotina.

Los miembros, junto con la señora Hopp, nos sentamos en silencio alrededor de una mesa redonda. La señora, después de tres minutos y veinticinco segundos, entró en un estado de sonambulismo extremadamente agudo y fue poseída por el espíritu del poeta Tock. Los miembros, por orden de edad, comenzamos el siguiente interrogatorio con el espíritu de Tock que había poseído a la señora.

Pregunta: ¿Por qué te apareces como fantasma? Respuesta: Para conocer mi fama póstuma.

Pregunta: ¿Ustedes, los espíritus, también desean la fama después de la muerte? Respuesta: Al menos yo no puedo evitar desearla. Sin embargo, un poeta japonés que conocí despreciaba la fama póstuma.

Pregunta: ¿Conoces el nombre de ese poeta? Respuesta: Por desgracia, lo he olvidado. Solo recuerdo un verso de un poema de diecisiete sílabas que le gustaba componer.

Pregunta: ¿Cuál es ese poema? Respuesta: «Un viejo estanque / una rana salta / ruido de agua».

Pregunta: ¿Consideras que es un buen poema? Respuesta: No considero que sea necesariamente un mal poema. Solo que si se cambiara «rana» por «kappa», sería aún más brillante.

Pregunta: ¿Y cuál es la razón? Respuesta: Porque nosotros los kappas buscamos apasionadamente al kappa en cualquier tipo de arte.

El presidente Peck, en este momento, advirtió a los diecisiete miembros que se trataba de una reunión de investigación extraordinaria de la Sociedad de Investigación Psíquica y no de un club de crítica literaria.

Pregunta: ¿Cómo es la vida de los espíritus? Respuesta: No es diferente de la vida de ustedes.

Pregunta: Entonces, ¿te arrepientes de haberte suicidado? Respuesta: No necesariamente. Si me canso de la vida espiritual, cogeré una pistola y me quitaré la vida de nuevo.

Pregunta: ¿Es fácil quitarse la vida? El espíritu de Tock respondió a esta pregunta con otra pregunta. Para quienes conocían a Tock, esta es una respuesta muy natural. Respuesta: ¿Es fácil suicidarse?

Pregunta: ¿Su vida es eterna? Respuesta: Respecto a nuestra vida, hay tantas teorías contradictorias que no se puede creer en ninguna. Por suerte, no olviden que entre nosotros también existen varias religiones como el cristianismo, el budismo, el islam, el zoroastrismo, etc.

Pregunta: ¿En qué crees tú? Respuesta: Siempre he sido un escéptico.

Pregunta: Pero al menos no dudarás de la existencia de los espíritus, ¿verdad? Respuesta: No puedo estar tan seguro como ustedes.

Pregunta: ¿Tienes muchos o pocos amigos? Respuesta: Mis amigos, de todas las épocas y lugares, deben ser no menos de trescientos. Entre los más famosos, podría nombrar a Kleist, Mainländer, Weininger...

Pregunta: ¿Tus amigos son solo suicidas? Respuesta: No necesariamente. Montaigne, que defendió el suicidio, es uno de mis amigos más queridos. Solo que no me relaciono con pesimistas que no se suicidaron, como la calaña de Schopenhauer.

Pregunta: ¿Schopenhauer está bien? Respuesta: Actualmente está estableciendo un pesimismo espiritual y discutiendo si debe quitarse la vida o no. Sin embargo, parece estar bastante aliviado al saber que el cólera también era una enfermedad bacteriana.

Los miembros preguntamos sucesivamente por el estado de los espíritus de Napoleón, Confucio, Dostoievski, Darwin, Cleopatra, Buda, Demóstenes, Dante, Sen no Rikyū, etc. Sin embargo, Tock, por desgracia, no respondió en detalle y, en cambio, nos hizo varias preguntas de cotilleo sobre sí mismo.

Pregunta: ¿Qué tal mi fama póstuma? Respuesta: Un crítico dijo que eras «uno de los poetas menores».

Pregunta: Ese debe ser uno de los que guardan rencor porque no les regalé mi antología. ¿Se han publicado mis obras completas? Respuesta: Se han publicado, pero las ventas no parecen ir muy bien.

Pregunta: Mis obras completas, dentro de trescientos años —es decir, cuando los derechos de autor hayan expirado—, serán compradas por todos. ¿Y mi compañera? Respuesta: Se ha casado con el librero Rack.

Pregunta: Ella, por desgracia, todavía no debe saber que el ojo de Rack es de cristal. ¿Y mi hijo? Respuesta: He oído que está en el orfanato nacional.

Tock, después de un momento de silencio, comenzó una nueva serie de preguntas.

Pregunta: ¿Y mi casa? Respuesta: Se ha convertido en el estudio de un fotógrafo.

Pregunta: ¿Qué ha sido de mi escritorio? Respuesta: Nadie sabe qué ha sido de él.

Pregunta: En el cajón de mi escritorio guardaba un fajo de cartas secretas... pero bueno, eso, por suerte, no es de su incumbencia, ocupados como están. Ahora, mi mundo espiritual se sumerge lentamente en el crepúsculo. Me despediré de ustedes. Adiós. Adiós, mis buenos señores.

La señora Hopp, con las últimas palabras, despertó de nuevo bruscamente. Los diecisiete miembros juramos ante el Dios del cielo que este interrogatorio fue verídico. (Además, la remuneración de nuestra confiable señora Hopp se pagó según su salario diario de cuando era actriz).

DIECISÉIS

Después de leer estos artículos, empecé a sentirme cada vez más melancólico por estar en este país, y decidí que quería volver al mundo de los humanos. Pero por más que busqué, no encontré el agujero por el que había caído. Mientras tanto, según una historia del pescador Bagg, en las afueras de la ciudad de este país vivía un kappa anciano que pasaba sus días tranquilamente, leyendo libros y tocando la flauta. Pensé que si le preguntaba a este kappa, quizá podría encontrar una manera de escapar de este país, así que me dirigí a las afueras. Pero al llegar allí, en una casa muy pequeña, en lugar de un kappa anciano, encontré a un kappa de apenas doce o trece años, cuyo plato en la cabeza aún no se había endurecido, tocando la flauta tranquilamente. Por supuesto, pensé que me había equivocado de casa. Pero, por si acaso, le pregunté su nombre, y resultó ser, sin duda, el kappa anciano del que me había hablado Bagg. — Pero usted parece un niño... — ¿Aún no lo sabes? Por algún capricho del destino, cuando salí del vientre de mi madre, tenía la cabeza llena de canas. Luego, poco a poco, fui rejuveneciendo, y ahora soy este niño. Pero si cuentas los años, incluyendo los sesenta antes de nacer, debo de tener unos ciento quince o dieciséis. Miré alrededor de la habitación. Allí, entre las sillas y la mesa sencillas, me pareció percibir una especie de felicidad pura. — Parece que vive usted más feliz que los demás kappas, ¿no? — Bueno, puede que sí. Fui viejo cuando era joven, y soy joven ahora que soy viejo. Por lo tanto, no me consume la cod-

icia como a los viejos, ni me pierdo en los placeres carnales como los jóvenes. En cualquier caso, mi vida, aunque no haya sido feliz, ha sido sin duda tranquila. —Claro, así debe de ser tranquilo. —No, no solo por eso se vive tranquilo. También he tenido un cuerpo sano y una fortuna suficiente para no preocuparme por la comida toda mi vida. Pero creo que lo más afortunado fue, sin duda, haber nacido viejo. Hablé un rato con este kappa sobre el suicidio de Tock y sobre Gael, que iba al médico todos los días. Pero, por alguna razón, el kappa anciano no parecía muy interesado en mis historias. —Entonces, ¿usted no tiene un apego especial a la vida como los demás kappas? El kappa anciano me miró y respondió con calma: —A mí también, como a los demás kappas, mi padre me preguntó si quería nacer en este país antes de que abandonara el vientre de mi madre. —Pero yo, por un descuido, caí en este país. Por favor, dígame cómo puedo salir de aquí. —Solo hay un camino para salir. —¿Y cuál es? —El mismo por el que viniste. Al oír esta respuesta, por alguna razón, se me erizó el vello. —Por desgracia, no encuentro ese camino. El kappa anciano me miró fijamente con sus ojos límpidos. Luego, finalmente, se incorporó, se acercó a un rincón de la habitación y tiró de una cuerda que colgaba del techo. De repente, se abrió una claraboya que no había notado hasta entonces. Y fuera de esa claraboya redonda, más allá de las ramas de pinos y cipreses, el cielo se extendía, de un azul intenso. No, también se erguía el pico del Yarigatake, parecido a una gran punta de flecha. Salté de alegría, como un niño que ve un avión. —Vamos, sal por ahí. El kappa anciano dijo esto mientras señalaba la cuerda. Lo que yo había creído que era una cuerda, en realidad era una escala de cuerda. —Entonces, saldré por ahí. —Solo te advierto una cosa. No te arrepientas después de salir. —No se preocupe. No me arrepentiré. Dicho esto, ya estaba trepando por la escala de cuerda. Dejando muy abajo el plato de la cabeza del kappa anciano.

DIECISIETE

Después de regresar del país de los kappas, durante un tiempo, no soporté el olor de la piel de nosotros los humanos. En comparación con nosotros, los kappas son increíblemente limpios. Además, las cabezas humanas me parecían increíblemente inquietantes después de haber visto solo kappas. Quizá usted no lo entienda. Pero dejando a un lado los ojos y la boca, esa cosa llamada nariz inspira una extraña sensación de temor. Por supuesto, hice todo lo posible por no encontrarme con nadie. Pero, al parecer, me fui acostumbrando poco a poco a los humanos, y al cabo de medio año ya salía a todas partes. Lo único que seguía siendo un problema era que, mientras hablaba, se me escapaba sin querer alguna palabra del idioma de los kappas. —¿Mañana estarás en casa? — Qua . —¿Qué? —No, que sí, que estaré. Más o menos así eran las cosas.

Sin embargo, aproximadamente un año después de mi regreso del país de los kappas, debido al fracaso de cierto negocio... (El doctor S., cuando dijo esto, le advirtió: «No hable de eso». Según el doctor, cada vez que hablaba de ello, se ponía tan violento que ni los enfermeros podían con él).

Bueno, entonces dejemos esa historia. Pero debido al fracaso de cierto negocio, empecé a desear volver al país de los kappas. Sí. No «querer ir», sino «querer volver». El país de los kappas, en aquel entonces, se sentía para mí como mi hogar.

Me escapé sigilosamente de casa e intenté coger un tren de la línea Chūō. Por desgracia, me atrapó un policía y acabé en el hospital. Incluso al principio de mi estancia en este hospital, no dejaba de pensar en el país de los kappas. ¿Cómo estaría el médico Chack? El filósofo Magg también estaría, como siempre, pensando en algo bajo su linterna de vidrios de siete colores. Y sobre todo mi amigo, el estudiante Rapp, con su pico podrido... Fue en una tarde nublada como la de hoy. Absorto en estos recuerdos, estuve a punto de gritar. Porque, sin darme cuenta de cuándo había entrado, el pescador Bagg estaba de pie frente a mí, inclinando la cabeza una y otra vez. Después de recobrar la compostura... no recuerdo si lloré o reí. Pero lo que sí es seguro es que me emocionó poder usar el idioma de los kappas después de tanto tiempo. —Oye, Bagg, ¿cómo has llegado hasta aquí? —He venido a visitarle. Me dijeron que estaba usted enfermo. —¿Cómo sabes eso? —Lo supe por las noticias de la radio. Bagg sonreía con orgullo. —Aun así, ¿cómo has podido venir? —No ha sido nada. Los ríos y canales de Tokio son como calles para los kappas. Me di cuenta, como si fuera la

primera vez, de que los kappas, como las ranas, eran animales anfibios. — Pero por aquí no hay ningún río. — No, para llegar hasta aquí he venido por las tuberías de agua. Y luego he abierto un poco una boca de incendios... — ¿Una boca de incendios? — ¿Se ha olvidado, señor? Que entre los kappas también hay mecánicos.

A partir de entonces, recibí la visita de varios kappas cada dos o tres días. Mi enfermedad, según el doctor S., es demencia precoz. Pero el médico Chuck (y esto, sin duda, es una gran falta de respeto hacia usted) decía que yo no era un paciente de demencia precoz, sino que los pacientes de demencia precoz eran el propio doctor S. y todos ustedes. Si hasta el médico Chuck venía a verme, por supuesto que también me visitaron el estudiante Rapp y el filósofo Magg. Pero, aparte del pescador Bagg, nadie me visitaba durante el día. Y cuando venían dos o tres juntos, era siempre de noche, y en noches de luna. Anoche mismo, bajo la luz de la luna, hablé con Gael, el presidente de la compañía de vidrio, y con el filósofo Magg. Y no solo eso, el músico Craback también me tocó una pieza al violín. Mire, ¿ve ese ramo de lirios negros sobre la mesa de allí? También me lo trajo Craback anoche como regalo... (Me volví para mirar. Pero, por supuesto, sobre la mesa no había ningún ramo de flores ni nada).

Y este libro también me lo trajo el filósofo Magg. Lea el primer poema. No, usted no puede saber el idioma del país de los kappas. Entonces lo leeré yo. Es un volumen de las obras completas de Tock, publicadas recientemente... (Abrió una vieja guía telefónica y comenzó a leer el siguiente poema en voz alta).

— Entre las flores de palmera y los bambúes, Buda ya duerme desde hace tiempo.

Junto a la higuera seca al borde del camino, Cristo también parece haber muerto ya.

Pero nosotros debemos descansar, aunque sea frente al telón de fondo de un teatro.

(¿Y si miras detrás de ese telón, solo hay un lienzo lleno de remiendos?)

—

Pero yo no soy tan pesimista como este poeta. Mientras los kappas sigan viniendo a visitarme... Ah, se me había olvidado esto. Recordará a mi ami-

go el juez Pep, ¿verdad? Ese kappa, después de perder su trabajo, se volvió realmente loco. Al parecer, ahora está en el hospital psiquiátrico del país de los kappas. Si el doctor S. me diera permiso, me gustaría ir a visitarlo...

(11 de febrero de 1927)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB